

## **Almas triples:**

(un ensayo de Alfredo Srur)

La idea de lo triple ha tenido infinidad de representaciones a través de la historia. Numerosos tríos pueblan la religión católica, por ejemplo. Solo para nombrar algunos, son tres las personas de la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo), tres las virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad) y tres los apóstoles que asistieron a la transfiguración de Cristo (San Pedro, San Juan y Santiago). Pero esta idea no es, claro está, exclusiva del catolicismo. Son también tres los pilares del Templo correspondientes a los tres *Sefirots* en la Cábala jasídica: *Jesed* (la Sabiduría), *Guevura* (la Fuerza) y *Tiféret* (la Belleza); y vuelven a ser tres, conceptos mucho más modernos tales como las banderas que levantó la revolución francesa (Libertad, Igualdad, Fraternidad), o pensamientos antiquísimos como aquel de la división de los sexos enunciado por Platón en El Banquete (*Eran tres géneros y estaban así constituidos por esta razón: porque el macho fue en un principio descendiente del sol; la hembra, de la tierra; y el que participaba de ambos sexos, de la luna*).

Esta correspondencia ontológica de ciertas ideas arquetípicas con el número tres, me hace pensar que quizás no sea casual que tres países sudamericanos crucen sus fronteras en este mismo paradigma. Y que sea además, ese sitio, un lugar misterioso. No hay, ya sé, en esta triple frontera en donde Paraguay, Brasil y Argentina cumplen ese exacto destino, ningún rastro concreto de teología católica, de Cábala, de iluminismo, o del discurso de Aristófanes. Más bien, lo que siempre se comenta respecto de ese lugar, es otra cosa. Pero, curiosamente, las fotografías que Srur tomó allí huelen a un limbo de secretos imprecisos en donde esos padres, esos hijos y esos espíritus retratados por él parecen andar errantes en busca de su propia hipóstasis.

Estas imágenes atienden este misterio, exudan ese mismo espasmo de la fe y parecen descartar de cuajo epítetos poco furiosos tales como luna, amor o muerte. Pero, al mismo tiempo, estas fotografías están tan llenas de esa nada que rodea las vidas de los retratados, que cada imagen resulta en un abismo nuevo. En ellas, no parece posible encontrar consuelo conocido, o vislumbrar una salida. Y, entonces, esos mismos sueños de luna, de amor y de muerte aparecen de repente transformados, en los retratos de Srur; entrelazados en sus personajes, junto a su propia negación, junto a sus vidas.

Me gusta imaginar que estas personas que fotografió Alfredo tienen algo de triple y, por ende, algo de santos. Es que estas huestes lúmpenes sin tierra, que atraviesan con dignidad ese purgatorio incierto de colores raquíticos, ese paisaje descolorido y aciago que mezcla electrónica, hambre y camalotes, tienen en las fotografías de Srur una enorme semejanza con otro colosal paradigma religioso: son el mejor retrato sudamericano del Paraíso.

**Marcos Zimmermann**

**18/6/11**